

Infancias diversas: la configuración de las violencias en las infancias diversas y una propuesta multidimensional de la sexualidad

DOI: <https://doi.org/10.32870/cl.v2i33.8124>

Adrián Alejandro Mendoza Soreque¹

ORCID: 0009-0000-9726-574X

Universidad de Guadalajara, México

Resumen

El presente ensayo aborda las experiencias de personas que se identifican con la diversidad sexual, destacando las violencias vividas durante su infancia. Desde un enfoque socioantropológico y apoyado en teorías de género, el texto analiza cómo las instituciones, la escuela y la familia pueden reproducir prácticas discriminatorias que afectan el bienestar de las infancias diversas. A través de relatos de vida, se evidencian patrones de exclusión que reflejan la ausencia de una educación sexual integral e incluyente. Como respuesta, se propone una visión multidimensional de la sexualidad que permita crear entornos seguros, respetuosos y libres de violencia. Esta propuesta está dirigida a quienes tienen la responsabilidad de criar, educar y formular políticas públicas, con el fin de garantizar el desarrollo pleno y digno de la niñez en su diversidad.

Palabras clave: Infancia diversa, crianza, educación sexual, violencias

Diverse Childhoods: The Construction of Violence and a Multidimensional Approach to Sexuality

Abstract

This essay addresses the experiences of individuals who identify as part of the sexual diversity spectrum, emphasizing the violence they faced during childhood. Using a socio-anthropological approach and grounded in gender theories, the text analyzes how institutions, schools, and families can perpetuate discriminatory practices that undermine the well-being of diverse childhoods. Through personal narratives, patterns of exclusion are revealed, reflecting the lack of comprehensive and inclusive sex education. In response, the essay proposes a multidimensional perspective on sexuality as a means to create safe, respectful, and violence-free environments. This proposal is intended for those responsible for parenting, education, and policymaking, aiming to ensure the full and dignified development of children in all their diversity.

Keywords: diverse childhoods, parenting, sex education, violence.

¹Licenciado en Antropología y Maestro en Innovación Social y Gestión del Bienestar. Tiene experiencia en capacitación en prevención de violencias y perspectiva de género, así como en gestión de proyectos sociales y culturales. Contacto: mendozaalej30@gmail.com

Introducción

El presente ensayo se construye a partir de un breve estudio socioantropológico que recoge las vivencias de personas que formaron parte de infancias diversas, con el propósito de cuestionar el papel que desempeñan las instituciones y las familias en la promoción del bienestar y el desarrollo integral de la niñez. La intención de este trabajo es ofrecer elementos de reflexión para quienes asumen la responsabilidad de criar, educar o incidir en las primeras etapas de la vida humana, particularmente en contextos donde las expresiones de diversidad sexual suelen ser invisibilizadas o minimizadas.

Abordar esta temática resulta fundamental debido a los vacíos de conocimiento existentes y a las resistencias sociales para tratar abiertamente estos asuntos en espacios como el hogar o la escuela. En muchos casos, hablar de sexualidad y género en ámbitos educativos es percibido, desde ciertas posturas conservadoras, como un intento de adoctrinamiento o manipulación ideológica. Estas percepciones contribuyen a ignorar o minimizar la violencia simbólica y material que afecta a las infancias diversas, reproduciendo discursos de exclusión que dificultan el reconocimiento de sus derechos y necesidades específicas.

El ensayo se estructura en tres apartados. El primero, titulado “Los conceptos: lo que no se nombra no existe”, ofrece una revisión de categorías básicas vinculadas al género y la sexualidad, así como una propuesta multidimensional para comprender esta última en su complejidad. La segunda sección, “Las realidades diversas: una persona en cada historia”, presenta testimonios que visibilizan las experiencias de infancias diversas y permiten comprender los desafíos enfrentados en su proceso de socialización. Finalmente, el texto cierra con un apartado de conclusiones en el que se integran las reflexiones previas, con el objetivo de contribuir a la construcción de entornos seguros, inclusivos y libres de violencia para todas las infancias.

Los conceptos, lo que no se nombra no existe

“Los nombres llevan al reconocimiento de los problemas... Los grandes avances de los derechos humanos se han dado en el campo de los nombres, en el sufrimiento humano, en el descubrimiento y formulación de nombres”.

(Segato, 2021, p. 62)

Las ciencias sociales y humanas han desarrollado un marco conceptual que permite comprender cómo las realidades sociales alimentan el conocimiento científico, y cómo éste, a su vez, incide en la manera en que las sociedades perciben la vida humana. En años recientes, términos como *patriarcado*, *heteronorma*, *interseccionalidad* o *perspectiva de género* se han incorporado con mayor frecuencia al lenguaje cotidiano. Este fenómeno responde a una necesidad social de repensar las categorías con las que interpretamos la realidad, demanda a la que enfoques como el análisis cultural y simbólico han contribuido de manera significativa en las últimas décadas. Es importante señalar que estos enfoques no son recientes; ya en 1935 Margaret Mead propuso la idea de que el género es una construcción cultural y no un hecho biológico. Sin embargo, durante las décadas de 1940 y 1950, los enfoques biológicos dominaron los estudios sobre el comportamiento humano, relegando las aportaciones de Mead (Conway, Burke y Scott, 2000). No obstante, posteriormente, las perspectivas culturales sobre el género y la sexualidad recuperaron fuerza y vigencia.

Desde esta visión, género, sexualidad y reproducción dejaron de entenderse como hechos naturales y universales, para ser analizados como símbolos cuyo significado varía en función de los contextos culturales (Ortner y Whitehead, 2000). Este cambio teórico permitió visibilizar la diversidad de significados atribuidos al sexo y la sexualidad en distintas sociedades, y abrió la posibilidad de cuestionar conceptos considerados inmutables, como “hombre” y “mujer”. De esta manera, los estudios feministas y de género ampliaron los límites analíticos, al demostrar que las categorías con las que pensamos la sexualidad humana son productos históricos, sociales y políticos, más que verdades naturales o biológicas.

Estos cuestionamientos también invitan a revisar críticamente la propia producción del conocimiento científico, la cual, lejos de ser neutral, refleja los valores, prejuicios y limitaciones de las sociedades que la generan. Como señala Segato (2021), la biología fue utilizada en ciertos momentos históricos para legitimar sistemas de desigualdad social, como las castas o la racialización de los cuerpos. En el mismo sentido, Ciccía (2023) evidencia cómo las neurociencias reprodujeron sesgos androcéntricos en la investigación sobre las diferencias cerebrales entre sexos, estableciendo paradigmas erróneos sobre el binarismo de género.

Así, las ciencias no ofrecen verdades absolutas, sino construcciones sujetas a revisión permanente. La apertura hacia enfoques multidimensionales permite cuestionar lo que se considera sabido y legitima la necesidad de incorporar otras metodologías, saberes y tecnologías. En este sentido, las investigaciones feministas han desbordado las fronteras tradicionales de las ciencias sociales, integrando técnicas, lenguajes y supuestos de diversas disciplinas (Conway, Burke y Scott, 2000).

Los estudios de género, la teoría feminista y las investigaciones sobre sexualidad han generado herramientas conceptuales que permiten repensar la sexualidad humana de manera compleja y diversa. Sin embargo, estos enfoques también han enfrentado resistencias, siendo descalificados en algunos sectores bajo la etiqueta de “ideología de género”. Es preciso aclarar que la verdadera ideología dominante ha sido históricamente la heteronorma y el patriarcado, los cuales naturalizan ciertas representaciones sobre el mundo social y definen lo que se considera legítimo o verdadero. Como advierte Žižek (1992), la ideología no opera a través de falsas ideas conscientes, sino mediante prácticas, normas y consensos que parecen incuestionables porque se presentan como sentido común.

En este contexto, las teorías de género constituyen una contraideología crítica que busca desestabilizar estas certezas y abrir espacios para nuevas interpretaciones de la realidad (Escobar, 1991). Su tarea es la de visibilizar, analizar y transformar los mecanismos simbólicos y materiales que sostienen las desigualdades y exclusiones.

Con estos elementos conceptuales como base, en los siguientes apartados se revisarán los principales términos que permiten comprender la sexualidad desde una perspectiva multidimensional, con el fin de acercar a la persona lectora a la reflexión sobre la infancia y la diversidad sexual, eje central de este trabajo.

La multidimensionalidad y los conceptos de la sexualidad

La división del conocimiento en distintas disciplinas ha sido una construcción histórica de las ciencias, producto de la necesidad de organizar y sistematizar saberes complejos. Sin embargo, esta fragmentación también ha generado visiones parciales de fenómenos que, por su propia naturaleza, son integrales e interconectados. La sexualidad humana es uno de estos fenómenos, cuyo análisis exige un enfoque multidimensional capaz de articular diversas perspectivas teóricas y metodológicas para ofrecer una comprensión más amplia e inclusiva.

Durante mucho tiempo, el estudio de la sexualidad estuvo limitado a una visión unidimensional, dominada por el paradigma biologicista. Desde esta perspectiva reduccionista, la sexualidad se entendía principalmente en función de la reproducción, la anatomía de cuerpos binarios y la prevención de enfermedades de transmisión sexual. Este enfoque ignoraba las múltiples dimensiones que constituyen la vivencia y expresión de la sexualidad en las personas. La propuesta multidimensional que aquí se expone busca superar estas limitaciones, reconociendo la interrelación de al menos tres dimensiones fundamentales: biológica, psicosocial y cultural.

• Dimensión biológica.

Esta dimensión ha sido tradicionalmente la más explorada en el estudio de la sexualidad, debido a su asociación con las ciencias naturales, que privilegian la observación de fenómenos verificables y medibles. No obstante, incluso este campo ha estado atravesado por construcciones sociales y culturales que le han conferido un sesgo binario y normativo. Desde una mirada crítica, la dimensión biológica permite entender la diversidad de cuerpos, cromosomas, hormonas y expresiones corporales que existen en la especie humana, desmontando la idea de que la biología está determinada por categorías fijas como “hombre” o “mujer”. Como señala la literatura

reciente, la biología es diversa por naturaleza; las distinciones culturales (como la asignación de colores o roles) no provienen de la biología misma, sino de la interpretación social de las diferencias biológicas.

● **Dimensión psicosocial.**

La sexualidad no sólo se expresa en lo biológico, sino también en la construcción subjetiva e intersubjetiva que cada persona realiza en interacción con su entorno. Esta dimensión abarca aspectos como la educación emocional, el desarrollo de la afectividad, la construcción de límites en las relaciones interpersonales, la autoestima y el autoconcepto, fundamentales para la identidad sexual y de género. Además, las normas, reglas y valores culturales influyen en la manera en que los individuos internalizan estas pautas, conformando expectativas de comportamiento que se refuerzan en espacios como la familia, la escuela o los medios de comunicación. Prácticas como la asignación de colores según el sexo del recién nacido ejemplifican cómo operan estos mandatos sociales de manera temprana, proyectando sobre el sujeto expectativas de género aún antes de que desarrolle su propia identidad.

● **Dimensión cultural.**

La dimensión cultural de la sexualidad se refiere a los sistemas de significados que una sociedad atribuye a las prácticas, identidades y roles sexuales y de género. En este nivel, conceptos como la heteronorma o el patriarcado se materializan en costumbres, tradiciones, imaginarios e instituciones que moldean las formas en que las personas viven y expresan su sexualidad. Estas construcciones no son universales ni inmutables, sino que varían según los contextos históricos, geográficos, políticos y sociales. Así, ser “hombre” o “mujer” no significa lo mismo en todas las culturas, ni implica idénticas expectativas o posibilidades. Los estudios comparativos demuestran que las normas de género y sexualidad son profundamente heterogéneas y responden a lógicas socioculturales específicas.

Este enfoque multidimensional permite articular distintos saberes y superar las visiones fragmentadas sobre la sexualidad humana, abriendo espacio a nuevas preguntas y abordajes. Dos conceptos clave en esta discusión son “sexo” y “género”. Aunque hoy en día su distinción parece evidente, su separación conceptual representó un hito fundamental en las luchas feministas y de las diversidades sexuales, al desmontar estereotipos naturalizados y visibilizar la construcción social de las categorías de género. Como señala Butler (2007), las nociones tradicionales de sexo y género están atravesadas por una ficción lingüística impuesta por la heteronorma, que busca fijar las identidades sobre el eje del deseo heterosexual obligatorio. Cuestionar este marco ha sido central para transformar no sólo las prácticas sociales, sino también el lenguaje con el que se nombra y comprende la sexualidad.

En este sentido, las teorías de género no representan una “ideología” en el sentido peyorativo con que algunos sectores intentan deslegitimarlas, sino un instrumento crítico para revelar las estructuras de poder que han configurado las normas de la sexualidad humana. Este marco teórico posibilita una lectura alternativa de la realidad que pone en el centro la diversidad de experiencias, cuerpos e identidades, enriqueciendo la comprensión de la infancia y la diversidad sexual que orienta este trabajo.

Sexo y género: distinciones conceptuales necesarias

Durante mucho tiempo, los conceptos de *sexo* y *género* fueron utilizados de manera indistinta, incluso como sinónimos, lo que no sólo representaba una imprecisión teórica, sino que limitaba la posibilidad de comprender la sexualidad humana en su complejidad y multidimensionalidad. Como señala Butler (2007), identificar el mecanismo mediante el cual el sexo se transforma en género implica reconocer el carácter construido de este último y su alejamiento de una supuesta naturalidad o determinación biológica. Si consideráramos este proceso de manera inversa —cómo el género moldea la percepción del sexo— podríamos entender cómo las concepciones culturales influyen en la interpretación y reconocimiento de las variantes sexuales presentes en la especie humana. Es decir, aunque biológicamente existe una

diversidad de manifestaciones sexuales, estas no siempre son reconocidas socialmente debido a que el género ha sido tradicionalmente configurado bajo un esquema binario.

Desde el enfoque propuesto en este trabajo, el concepto de *sexo* comprende dos dimensiones interrelacionadas: la individual, de carácter biológico, y la social, vinculada con las prácticas y vínculos sexuales. En la primera dimensión se reconocen las particularidades biológicas de cada individuo, tales como las características cromosómicas, hormonales y corporales, que determinan un desarrollo físico específico. Sin embargo, la interpretación binaria de estos rasgos ha llevado a reducir esta diversidad a dos únicas categorías: masculino (XY) y femenino (XX). Estudios recientes, como los de Ciccía (2023), han demostrado la existencia de variantes cromosómicas que desafían esta visión dicotómica, evidenciando que la realidad biológica es mucho más diversa de lo que tradicionalmente se ha aceptado.

La segunda dimensión del *sexo* remite a los vínculos y prácticas sexuales que las personas establecen en su interacción social. Aquí se reconoce la diversidad de orientaciones sexuales — heterosexualidad², la homosexualidad³, la pansexualidad⁴, la bisexualidad⁵ y otras orientaciones fluidas⁶— que reflejan la pluralidad de formas en que se experimenta el deseo y el afecto. Además, esta dimensión incluye el componente erótico y recreativo de la sexualidad, el cual ha sido históricamente invisibilizado por enfoques que reducen el sexo a su función reproductiva. Reconocer la dimensión placentera de la sexualidad es fundamental para desmontar estigmas, prejuicios y restricciones morales que generan culpa, vergüenza o clandestinidad, incrementando los riesgos para la salud sexual y emocional de las personas. En este sentido, el acceso a una educación sexual integral, que contemple la diversidad de expresiones y realidades, es indispensable para promover el ejercicio de una sexualidad libre, responsable y respetuosa de los derechos humanos.

El ejercicio de la sexualidad debe estar regido por principios de respeto, consentimiento y no violencia. Cualquier práctica que transgreda estos límites éticos afecta la posibilidad de desarrollar relaciones sexuales saludables y satisfactorias. Es por ello que garantizar espacios libres de discriminación y prejuicio es una condición necesaria para que todas las personas puedan ejercer su sexualidad de manera plena y segura.

En cuanto al concepto de *género*, éste refiere al conjunto de características, normas y expectativas sociales y culturales asignadas a los cuerpos en función de su interpretación sexual, dentro de contextos históricos específicos. El género, por tanto, no es estático ni universal, sino que varía a lo largo del tiempo y entre distintas sociedades. Este constructo influye en la identidad de las personas, determinando comportamientos, gustos, roles sociales y formas de relacionarse con otros. Aunque existen contextos donde las concepciones de género son más rígidas —como en ciertos entornos rurales— esta rigidez también puede manifestarse en espacios urbanos, dependiendo de factores socioculturales y de clase.

Existen culturas donde las concepciones de género son más flexibles o incluso reconocen la existencia de más de dos géneros. Un ejemplo emblemático de esta diversidad es el caso de las *muxes* del Istmo de Tehuantepec, en Oaxaca, México. En esta comunidad indígena, las personas muxes representan un tercer género socialmente reconocido y aceptado, aunque ello no las exime de situaciones de vulnerabilidad o violencia. Este ejemplo ilustra cómo las representaciones de género son construcciones culturales que pueden variar considerablemente entre sociedades. Como señala Segato (2021), el género funciona como un “mapa cognitivo” que organiza las percepciones y experiencias humanas, definiendo lo que se considera posible o legítimo dentro de una cultura determinada.

2 Atracción por el sexo contrario.

3 Atracción por el mismo sexo.

4 Atracción sin distinción de sexo y género.

5 Atracción por ambos sexos.

6 La identidad sexual fluida, o atracción elástica se define como la capacidad de un individuo de reaccionar sexualmente y de manera flexible según las circunstancias, más allá de los canales clásicos de la homosexualidad y la heterosexualidad Lisa Dimon (2003) citada en Nosadini y Paduanello (2020).

La distinción conceptual entre sexo y género ha sido clave para el desarrollo de las teorías feministas y de la diversidad sexual, al evidenciar que las diferencias tradicionalmente atribuidas a la biología son, en gran medida, el resultado de procesos culturales e históricos. Esta separación ha permitido cuestionar los estereotipos naturalizados y abrir nuevas posibilidades para la comprensión y vivencia de la sexualidad humana en toda su diversidad.

El derecho moralizador de la familia y sus implicaciones en la diversidad sexual

El entorno social suele resultar hostil para quienes no se ajustan a las normas hegemónicas de género. Las concepciones rígidas sobre la masculinidad y la feminidad generan múltiples formas de violencia simbólica y material que afectan a las identidades que se encuentran fuera de los límites normativos de género. Esta situación se agrava cuando las familias, por falta de comprensión o influencia de valores normativos, ejercen un control moralizador sobre las infancias diversas, limitando su derecho a desarrollarse libremente.

El denominado “derecho moralizador” es un mecanismo que opera principalmente a través de los mandatos de masculinidad patriarcal, que suelen ser interiorizados por varones y también por algunas mujeres, quienes actúan en función de lógicas de reproducción y servicio al sistema patriarcal (Segato, 2021). Este rol moralizador, aprendido y legitimado en el seno familiar, se manifiesta en conductas de control, exclusión y violencia dirigidas a quienes no encajan en las categorías tradicionales de género y sexualidad. De este modo, las experiencias de las infancias diversas pueden tornarse difíciles y dolorosas, puesto que quienes ejercen esta autoridad justifican sus acciones bajo la idea de “corregir” o “normalizar” lo que perciben como desviación del orden heteropatriarcal.

Este patrón de moralización y violencia no se limita al ámbito familiar, sino que se extiende a otros espacios sociales como la escuela, la comunidad y las instituciones. Los mecanismos de exclusión pueden manifestarse en formas diversas, incluyendo el maltrato verbal, la discriminación, el aislamiento e incluso agresiones físicas y sexuales. Estas prácticas, aunque socialmente condenables, a menudo permanecen invisibilizadas o naturalizadas bajo la justificación de preservar “valores” o “orden social”.

La familia, lejos de ser un espacio libre de estas tensiones, también refleja las crisis y contradicciones del modelo nuclear tradicional. De acuerdo con datos de la Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas (2016), la violencia familiar concentra una proporción significativa de los casos de violencia sexual, con un total estimado de 10,102 víctimas, lo que representa el 30 % del total nacional. Además, el mismo informe señala que la mayoría de estas víctimas son personas menores de 15 años, con un registro de 8,913 casos en este grupo etario, lo que evidencia la vulnerabilidad extrema de la infancia en estos contextos.

Este panorama pone de manifiesto la necesidad de transformar las prácticas educativas y sociales desde el hogar, promoviendo una educación basada en el respeto a la diversidad, la autonomía y los derechos humanos. Solo así será posible construir entornos familiares y comunitarios que apoyen y protejan el desarrollo integral de todas las infancias, especialmente aquellas que desafían las normas tradicionales de género y sexualidad.

¿Existen infancias LGBTQI+? Una aproximación conceptual y social

La respuesta a la pregunta sobre la existencia de infancias LGBTQI+ es compleja y requiere matices. El desarrollo del concepto *queer* —de origen anglosajón— ha sido fundamental para comprender la diversidad en la niñez. Según Cortés (2016), aunque “queer” carece de una traducción exacta al español y su significado es ambiguo, se aproxima a la idea de “estar fuera de lugar”, como señala Kathryn Bond al referirse a las infancias queer. En este contexto, el término “cuir” se presenta como una reconfiguración geográfica y epistemológica que busca tender puentes de reconocimiento y afinidad transnacionales, particularmente frente a procesos de minorización en Latinoamérica (Villaplana et al., 2017).

Ambos términos, “queer” y “cuir”, remiten a lo diverso, es decir, aquello que se diferencia y se aparta de los parámetros normativos. Esta diversidad suele generar rechazo no en quienes la viven, sino en quienes ejercen el llamado “derecho moralizador” social, que observa lo distinto como una amenaza o anomalía. En este sentido, “infancias

diversas” es un concepto que se utiliza aquí como un paralelismo contextual a “infancias queer/cuir”, privilegiando la realidad social de México, donde “queer” se identifica más como una identidad dentro del colectivo LGBT, mientras que “infancias diversas” enfatiza una condición social de rechazo frente a características no normativas.

El activismo y la visibilización del colectivo LGBT han sido decisivos para la reformulación de fronteras sociales y el reconocimiento de los derechos de estas infancias. La creciente presencia del tema en el cine, medios y espacios políticos ha impulsado debates sobre la importancia de garantizar un desarrollo respetuoso de la diversidad desde las primeras etapas de la vida, con avances legislativos en varios estados mexicanos.

Sin embargo, las ciencias tradicionales como la psicología y neurociencias han ofrecido respuestas que resultan paradójicas. Si bien poseen legitimidad científica, en ocasiones han patologizado las orientaciones y expresiones sexuales no normativas, contribuyendo a la aplicación de prácticas nocivas como las terapias de conversión. Estas últimas han sido declaradas ilegales en México, con la incorporación del artículo 465 Bis. a la Ley General de Salud, que prohíbe dichas terapias en todo el territorio nacional (Vences, 2024).

La formación de la identidad de género comienza en la niñez, etapa en la que los gustos, preferencias y comportamientos pueden ser etiquetados, moldeados y corregidos socialmente. Las infancias diversas suelen experimentar por primera vez los efectos de los discursos de odio fuera del ámbito familiar, enfrentándose a insultos y agresiones verbales que actúan como formas de exclusión y violencia simbólica. Como señalan Boianovsky, Cavalheiro y Tietboehl (2021), “el insulto es un veredicto, es una sentencia casi definitiva, una condena perpetua con la cual será necesario vivir” (p. 241).

Estas experiencias afectan profundamente la manera en que las infancias diversas se relacionan con su entorno y consigo mismas, y suelen prolongarse hasta la adultez. Es fundamental construir una visión de la diversidad sexual que parta de la niñez misma, no solo de las construcciones y ficciones elaboradas por los adultos. La idea del “niño gay”, por ejemplo, es un concepto creado desde la perspectiva adulta (Cortés, 2016). Cambiar estas narrativas implica reconocer y respetar las particularidades y vivencias propias de la infancia diversa.

Reconocer la diferencia entre infancias heteronormadas y diversas es esencial para visibilizar las experiencias y desafíos particulares de estas últimas. En muchos casos, la conciencia de la diversidad emerge a partir de experiencias de discriminación o violencia, y solo en la adultez se puede alcanzar una aceptación o rechazo de la propia identidad LGBTQI+. Como apunta Cortés (2016), “cuando una persona, en algún punto entre la adolescencia y la adultez, se reconoce homosexual, descubre a su vez que fue un niño homosexual” (p. 436).

Las realidades diversas, una persona en cada historia

Mirarnos hasta lograr dejar de reducir la diversidad y multidimensionalidad que se nos presenta a una genitalidad. Una genitalidad que ni siquiera vemos sino que imaginamos que está debajo de la ropa.
(Ciccia, 2023)

Análisis de las experiencias de infancias diversas: aproximación socioantropológica

En las siguientes páginas se presenta un análisis derivado de un estudio socioantropológico que busca visibilizar los efectos de los discursos de odio, así como las experiencias de sufrimiento y las necesidades que enfrentan lxs niñxs diversas tanto en el hogar como en espacios públicos como la escuela y la comunidad. Para abordar este objetivo, el análisis se estructura en dos niveles: una revisión general de los datos obtenidos y la presentación de narrativas biográficas que permiten dar voz a las experiencias personales. La construcción y recuperación de la identidad durante la niñez implica necesariamente la elaboración de una narrativa que resignifique imágenes fragmentadas y dispersas en el proceso de descubrimiento de una niñez “homosexual” (Cortés, 2016).

Análisis general

En enero de 2024 se aplicó una encuesta digital compuesta por 17 preguntas, tanto estructuradas como abiertas, orientadas a explorar cuatro aspectos centrales: la autopercepción de la identidad de género, la experiencia del proceso de “salir del clóset”, los tipos y espacios donde ocurre la violencia, y las percepciones sobre la formación de redes de apoyo social y vínculos significativos durante la infancia y adolescencia.

Participaron 30 personas con un promedio de edad de 27 años, quienes expresaron 14 diferentes identidades de género⁷ y orientaciones sexuales —algunas con significados próximos que ameritan un análisis más profundo— lo cual confirma la amplitud y diversidad del espectro de género. Las edades en que los participantes comenzaron a reconocer su diferencia⁸ se agruparon en etapas de desarrollo basadas en Mansilla (2000): primera infancia (0-5 años), segunda infancia (6-11 años), adolescencia temprana (12-14 años), adolescencia tardía (15-17 años) y adultez (18 años en adelante). Para este estudio, se consideró infancia de 0 a 11 años, adolescencia de 12 a 17 años y adultez a partir de los 18 años.

La mayoría de las personas manifestó haber identificado su condición diversa durante la infancia, mientras que el proceso de “salir del clóset” se produjo mayormente en la adolescencia o adultez temprana. En muchos casos, este proceso estuvo vinculado al inicio de relaciones afectivas o sexuales, reforzando la idea de que la aceptación de la orientación sexual suele darse durante o después de la adolescencia, al comenzar la exploración sexoafectiva.

Respecto a la violencia, más de tres cuartas partes de los participantes reportaron haberla sufrido en alguna forma, destacando la violencia verbal, física, psicológica, el acoso escolar (bullying) y el abuso sexual. Los espacios donde se presentaron con mayor frecuencia estas violencias fueron, en orden, la escuela, el hogar y la comunidad.

Finalmente, el estudio evidenció la importancia crucial de ciertas figuras de apoyo en la vida de las infancias diversas. Las amistades con afinidades similares fueron mencionadas como espacios seguros, por ejemplo: “mi mejor amigo era mi lugar seguro, él también pasó por lo mismo que yo”. De manera significativa, las figuras femeninas como madres y hermanas brindaron soporte emocional y seguridad: “mi madre siempre me ha apoyado y sabe quién soy realmente”. En contraste, las relaciones con figuras masculinas resultaron más complejas, con relatos de dinámicas conflictivas con padres, otros niños y vecinos, como “mi papá me agredió físicamente y me gritó por actuar de manera femenina” o “violación y golpes por parte de vecinos” y “me molestaban verbal y físicamente en la primaria y secundaria”.

Este primer nivel de análisis ofrece una panorámica general que, sin embargo, reduce la complejidad de las experiencias. Por ello, se decidió complementar con la presentación de cuatro relatos seleccionados, respetando la voluntad de las personas participantes para profundizar y ampliar sus testimonios, otorgándoles un espacio para expresarse con la menor interpretación o manipulación posible.

Narrativas

Maternidades deseadas crían a niños felices

Me identifico como una mujer bisexual y considero que tuve una niñez confusa. En mi familia siempre existieron comentarios homofóbicos hacia cualquier persona de la comunidad LGBT, por lo que nunca expresé mi orientación sexual abiertamente. Fue en la adolescencia, cuando empecé a sentirme diferente, que me di cuenta de que me gustaban tanto chicas como chicos, aunque nunca lo manifesté porque en mi círculo social y familiar no percibía que alguien más pasara por lo mismo.

No sufrí ataques o violencia directa contra mí, ya que oculté mi orientación por miedo al rechazo y al juicio. Además, carecía de una red de apoyo o un espacio seguro, lo que hizo que saliera del clóset ya siendo adulta. Fue una

7 Expresiones de identidad de género y orientaciones sexuales: Gay (5), Gay conservador (1), Homosexual (2), Masculino homosexual (2), Hombre homosexual (1), Hombre gay (1), Lesbiana (1), Bisexual (4), Género femenino orientación bisexual (2), Mujer Trans (1), Masculino (4), Hombre (3), Mujer (2), Femenina pansexual (1).

8 Expresiones sobre descubrirse no heterosexual: Siempre lo supe (4), Desde pequeño (3), rango de 7-8 años (3), en la adolescencia (3), a los 18 años (1), a los 12 años (3), en preparatoria (1), en la primaria (2), 9- 11 años (3), a los 4- 6 años (4), en la secundaria (1), sin respuesta clara (!), desde que tengo conciencia (1).

experiencia increíble, especialmente porque fue con mi pareja sentimental, quien se convirtió en mi lugar seguro. Considero que haber conocido a personas con mi misma orientación desde antes habría sido de gran apoyo y me habría protegido de escuchar tantos comentarios homofóbicos dentro de mi entorno social.

Para mí, la clave para que existan infancias seguras es la maternidad deseada, ya que esto brinda a las madres mayor capacidad y amor durante la crianza. Por eso considero crucial el acceso al aborto libre, porque las maternidades deseadas crían a niños felices. Además, la educación en torno a estos temas es indispensable; me alegra que ahora se incluyan en los libros de texto. Para las futuras generaciones deseo amor, integración y aceptación total, y que no haya necesidad de “salir del clóset”, pues la sexualidad de cualquier persona no debería ser tema de conversación para los demás.

Mi mayor miedo era quedarme sin hogar

Soy un hombre homosexual y mi infancia fue tortuosa. Sufrí discriminación por ser amanerado, jugar con niñas y además por ser gordito. Recibí golpes e insultos; una vez me fracturaron el brazo a patadas por ser “el jotito”. En la preparatoria me enamoré de un compañero y me sentía culpable por las enseñanzas religiosas que me hacían creer que era un pecador.

Mi lugar seguro era la casa de mi abuela materna. Creo que para una infancia segura es fundamental que no etiqueten a los niños ni decidan por ellos, que respeten su expresión y modo de vida en lugar de escandalizarse por la orientación, identidad o sexo.

Mi mayor miedo era quedarme sin hogar. Cuando salí del clóset, fue a partir de que mi hermana descubrió mensajes con un chico y se los contó a mis padres; ellos simplemente me enfrentaron. Algo que me habría ayudado sería que mis padres fueran menos ignorantes y que existiera una cultura de tolerancia, respeto y educación sexual integral, no solo reproductiva.

Deseo que no se utilice a las infancias LGBT para fines políticos partidistas, sino que se impulse un discurso político genuino para la defensa de los derechos humanos y garantías.

No hay por qué ser tan duros con los niños

Me considero una persona gay; supe que lo era a los 9 años porque me gustó un niño. Sin embargo, mi primera relación sexual fue una experiencia traumática: con un hombre de 28 años cuando yo tenía 16. Fui presionado y agredido, fue muy doloroso, pero sobreviví y espero que ese hombre no siga lastimando a otros.

En mi familia nunca se habló sobre sexualidad, y aunque era evidente que era “gay”, el bullying fue lo peor. Normalicé esa violencia; me molestaban verbal y físicamente en la primaria y secundaria, sin entender por qué. Mi mamá y mi casa eran mis lugares seguros, aunque hubo días en que no quería ir a la escuela porque un compañero me maltrataba constantemente.

Creo que es fundamental enseñar que cualquier tipo de violencia está mal, que no existe “crítica positiva” y que no hay razón para ser duros con los niños, quienes están en proceso de aprendizaje. Debemos sembrar respeto, comprensión por las diferencias y similitudes, y promover amor e inteligencia emocional. Me habría ayudado que los docentes no fueran cómplices ni permisivos con la violencia.

Pienso que las niñas y niños deben desarrollarse libres de toda sexualización u orientación impuesta; dejemos que los niños sean niños.

Lo peor de todo era el silencio

Soy un chico gay y siempre supe quién era, aunque mis relaciones familiares fueron distantes porque mi familia era muy tradicional. Mi niñez estuvo marcada por la represión; mi madre me aconsejaba cambiar mi forma de hablar o caminar frente a otras personas para evitar críticas (“qué va a decir la gente”, “lo digo para protegerte”). Recibí golpes y burlas en la escuela, pero lo peor fue el silencio y la ley del hielo durante un año aproximadamente.

Durante casi toda mi infancia, mi lugar seguro fue una vecina llamada Dayana, a quien agradezco mucho. Salí del clóset a los 14 años, pero fue difícil: mi hermano contó a toda la familia que salía con un chico y mi madre, que había sido homofóbica, reaccionó con dolor. Pensé que me echarían de casa o me golpearían, pero solo lloró y la familia estuvo distante por cerca de un año. Poco a poco logramos reconstruir la dinámica familiar, proceso que tomó aproximadamente ocho años.

El mayor reto fue superar la ignorancia de quienes se sentían con derecho a tratarme mal por ser diferente. Mientras ellos preferían actividades “masculinas” como fútbol o luchas, a mí me gustaban lo “femenino” o “jotillo” (juegos como brincar la sogá o de manos).

Es necesario cambiar la mentalidad cerrada que impone la heteronorma y que hace sentir a los niños que están solos. Me habría ayudado escuchar que está bien querer cosas distintas y que merezco ser tratado igual, no como un niño “especial, delicado o en una etapa que se le pasará”.

A pesar de todo, estos obstáculos me ayudaron a formar al adulto que soy hoy, un hombre que ama la vida y a sí mismo.

Después de esta inmersión en las vivencias personales, es posible observar que el acceso a la información biográfica va más allá de datos individuales para constituir una radiografía de hechos comunes en un grupo social, permitiendo identificar patrones, comportamientos y situaciones relevantes para su análisis. Así, la historia de una persona puede ser la historia de muchas otras, revelando condiciones sistemáticas de violencia, desigualdad y vulnerabilidad que enfrentan las personas de la diversidad sexual.

La necesidad de exponer estas memorias responde, en primer lugar, al reconocimiento de un tipo de violencia que ha afectado a las infancias diversas, pero también a visibilizar un devenir histórico de una minoría silenciada. Como señalan Villaplana et al. (2017):

“La(s) memoria(s) queer/cuir se orientan como disensos frente a la idea generalizada y propagada por las narrativas hegemónicas en torno a la política sexual que reivindica su legitimidad a través del borrado y deshistorización constante de las memorias colectivas de las disidencias: sexual, política, racial, de clase, cultural” (p. 9). Si estas realidades no se reconocen en el plano histórico, ¿quién dará cuenta de ellas? Si la memoria colectiva se empeña en ser borrada, ¿cuándo habrá una transformación real? De lo contrario, nos enfrentamos a un problema anacrónico que se interpreta erróneamente como un fenómeno exclusivo de la modernidad, eliminando el rastro de una historia de violencia y opresión que es, a la vez, la historia de las minorías.

La existencia histórica coloca la realidad de las minorías sexuales en un plano visible y dismantela ideas conservadoras que califican a la diversidad sexual como una moda pasajera o como un invento de la llamada “ideología de género”.

Una infancia diferente

Crianza basada en la libertad y la educación sexual

A partir de los relatos y reflexiones previas sobre la familia, resulta necesario abordar la crianza como un proceso fundamental en la formación de las infancias, en el cual se generan y consolidan dinámicas que pueden reproducir o desmontar estructuras de opresión. Este proceso se vuelve aún más complejo cuando el componente de la sexualidad se introduce, pues históricamente ha sido un tema invisibilizado o tratado con prejuicio en el ámbito familiar.

Las prácticas de crianza juegan un papel crucial para que madres, padres y cuidadores adopten formas de educar a sus hijxs de manera consciente y responsable. La manera en que una sociedad cría a sus nuevas generaciones depende de sus condiciones físicas, económicas y sociales (Linares, 1991). De ahí la importancia de promover una visión realista y humana sobre la maternidad y la paternidad activa, en la que se reconozca el papel central que desempeñan en el desarrollo de lxs niñxs. Es fundamental abandonar la creencia de que, por instinto o naturaleza, todas las personas adultas están preparadas para ejercer estos roles de manera adecuada. Asumir la posición de adulto cuidador exige tomar con-

ciencia de la necesidad de adquirir habilidades que permitan brindar las mejores condiciones para el desarrollo integral de lxs hijxs.

En la cultura mexicana persiste la idea de que “las generaciones actuales se están echando a perder”, atribuyendo esta supuesta decadencia a estilos de crianza permisivos o negligentes. En este contexto, algunas personas reivindican el uso del golpe o la violencia física como métodos “correctivos”, bajo la falsa creencia de que la crianza autoritaria resulta más efectiva. Muchas generaciones crecieron en México con la convicción de que la agresión física educa y que “corregir a tiempo” previene futuros problemas; sin embargo, desaprender esta violencia —entendida como acto que daña y denigra la dignidad humana— es un proceso largo que requiere transformaciones profundas tanto en las ideas como en las conductas de los adultos. Es urgente revisar y repensar las prácticas de crianza en las comunidades, con el propósito de enriquecerlas e influenciarlas positivamente a partir de creencias y saberes actuales, eliminando aquellas prácticas que resulten perjudiciales (Linares, 1991).

Pensar en una crianza basada en la libertad y la educación sexual implica comenzar a desmontar prejuicios y transformar nociones tradicionales. El conocimiento y la educación interdisciplinaria son las herramientas clave para lograrlo. Un padre, madre o adulto cuidador que cuente con información científica, actualizada y rigurosa no temerá enfrentar situaciones inesperadas o desafiantes en el proceso de acompañamiento de sus hijxs, y dejará de sentirse defraudado por las decisiones que ellxs tomen respecto a su sexualidad.

La propuesta de una crianza que promueva la libertad y la educación sexual no es más que una invitación a modificar la manera en que percibimos el mundo y nuestras relaciones con lxs niñxs. Esto implica aprender a escuchar más y mejor, comprender las necesidades emocionales y afectivas de la infancia, ser asertivos en la comunicación y sustituir las prohibiciones y los “no” automáticos por argumentos reflexivos y diálogos horizontales. Esta forma de acompañamiento permite que los adultos entiendan la visión y los requerimientos emocionales de lxs pequeñxs.

La libertad ofrece un marco de límites flexibles que reconoce y respeta la individualidad de cada persona, favoreciendo su desarrollo autónomo y saludable. Solo a partir de esta perspectiva es posible formar infancias capaces de ejercer plenamente sus derechos, vivir su sexualidad sin culpa o temor, y construir relaciones respetuosas con el mundo que les rodea.

Conclusiones

La tarea de criar no es sencilla, y se vuelve aún más compleja cuando, por diversos factores —como el trabajo, los divorcios, las separaciones o la crianza uniparental—, otras personas distintas a los progenitores asumen dicha responsabilidad. En México, la crianza no está limitada únicamente al padre o la madre: abuelas, abuelos, tíos, tías o hermanxs mayores también cumplen esta función. En consecuencia, la educación sexual no puede concebirse como responsabilidad exclusiva de un solo grupo social.

El informe del INEGI (2023), derivado de la *Encuesta Nacional para el Sistema de Cuidados* (2022), señala que niñas y adolescentes mujeres suelen involucrarse desde edades tempranas en tareas de cuidado no remunerado dentro del hogar, mientras que los niños y adolescentes varones lo hacen con menor frecuencia. Por su parte, Escutia et al. (2013) destacan que las labores de crianza, históricamente atribuidas a las mujeres, comenzaron a transformarse significativamente a partir de los años setenta con la incorporación femenina al ámbito laboral, y se intensificaron durante los años noventa, impulsando así la participación masculina en estas responsabilidades.

Los problemas que enfrentan las infancias diversas están directamente relacionados con su vivencia de la sexualidad: agresiones sexuales, físicas, psicológicas y violencia escolar son experiencias frecuentes. Uno de los principales obstáculos es la negación de la capacidad infantil para comprender o decidir sobre su sexualidad, una negación alimentada en gran medida por la falsa creencia, sostenida por muchos adultos, de que “sexualidad” equivale exclusivamente a “tener relaciones sexuales”. Esta visión errónea revela un desconocimiento profundo sobre lo que implica la sexualidad humana.

Además, las infancias diversas suelen verse forzadas a ocultar su identidad por temor al castigo, al rechazo y a la violencia. Solo en la adultez pueden, muchas veces, comenzar a explorar libremente su orientación o identidad. Como señala Cortés (2016), estos niños, al saberse “extraños”, buscan formas alternativas de crecer y vivir su infancia. En este contexto, la discriminación se vuelve una constante, aun cuando lxs niñxs no comprendan plenamente los conceptos de diversidad o disidencia sexual. Aunque no siempre tengan claridad sobre su identidad, reconocen su diferencia a través de la violencia que reciben: es ahí donde se revela la dimensión social de su exclusión.

Por otro lado, los adultos cuidadores enfrentan serias limitaciones estructurales, comenzando por la falta de formación. Según datos del INEGI (2020), el nivel de escolaridad promedio en México es de secundaria. Esta realidad plantea una pregunta crucial: ¿quién debe educar en sexualidad? ¿Es responsabilidad de la familia, de la escuela, del Estado? Lo cierto es que, mientras la sexualidad siga siendo vista únicamente desde una óptica moralista o conservadora —en lugar de ser reconocida como un campo de conocimiento interdisciplinario, científico y humanista— será difícil transformar la realidad de violencia que enfrentan las infancias diversas.

Este ensayo ha buscado mostrar que la educación sexual no es un lujo progresista ni una amenaza ideológica, sino una urgencia social vinculada a la salud mental, el bienestar, la seguridad y los derechos humanos de lxs niñxs.

Un conocimiento objetivo y multidimensional de la sexualidad permitirá que madres, padres y personas cuidadoras acompañen con tranquilidad y amor las decisiones responsables que hijas e hijos tomen respecto a sus cuerpos, su identidad y su forma de estar en el mundo.

Referencias

- Boianovsky, D., Cavalheiro, R., & Tietboehl, L. (2021). Infâncias, teorias queer, psicanálises: Para além do princípio do progresso e da heteronormatividade. *Psicologia Clínica*, 33(2), 237–255.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Ciccia, L. (2023). *La invención de los sexos*. Siglo XXI.
- Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas (CEAV). (2016). *Diagnóstico sobre la atención de la violencia sexual en México: Resumen ejecutivo*. CEAV.
- Conway, J., Burke, S., & Scott, J. (2000). El concepto de género. En M. Lamas (Comp.), *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 21–33). Porrúa.
- Cortés, A. (2016). El niño queer o crecer oblicuamente en el siglo veinte, por Kathryn Stockton. *Literatura y Lingüística*, (34), 433–448.
- Escobar, M. (1992). Utopía y contraideología en los procesos educativos. *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM*, (8), 14–22.
- Escutia, M., Robles, E., Oudhof, H., Villafañá, L., & Garay, J. (2014). Tareas de crianza de padres mexicanos con hijos adolescentes. *Ciencia Ergo Sum*, 21(1), 21–26.
- INEGI. (2023, 3 de octubre). *Encuesta Nacional para el Sistema de Cuidados (ENASIC) 2022*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/ENASIC/ENASIC_23.pdf
- INEGI. (2020). *Características educativas de la población*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. <https://www.inegi.org.mx/temas/educacion/>
- Linares, E. (1991). Pautas y prácticas de crianza en México: Recopilación de información de fuentes secundarias. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 21(3), 113–137.
- Mansilla, M. (2000). Etapas del desarrollo humano. *Revista de Investigación en Psicología*, 3(2), 106–116.
- Nosadini, N., & Paduanello, M. (2020). Identidades sexuales fluidas: Cuando el objeto de amor se convierte en intercambiable. *Psicopatología y Salud Mental*, (36), 57–62.
- Ortner, S., & Whitehead, H. (2000). Indagaciones acerca de los significados sexuales. En M. Lamas (Comp.), *El género:*

La construcción cultural de la diferencia sexual (pp. 127–179). Porrúa.

Segato, R. (2021). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo.

Vences, J. (2024, 25 de marzo). Prohibición de terapias de conversión sexual, “acto histórico” en la construcción de una sociedad más justa, incluyente y diversa. *Cámara de Diputados LXV Legislatura*. <https://www.diputados.gob.mx/sala-de-prensa/prohibicion-terapias-conversion>

Villaplana, V., Valencia, S., Lozano, R., & Gutiérrez, C. (2017). Memoria queer/cuir, usos materiales del pasado, narrativas postglobales e imaginarios del sur global. *Arte y Políticas de Identidad*, (16), 9–14.

Žižek, S. (1992). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI.